

¡Va por ti, madre!
Luz María González Hernández

Un día no lejano a esta fecha llegué a León, a la casa donde mi madre esperaba siempre con ansia mi presencia; hasta ponía sábanas limpias a la cama y buscaba cobijas para que yo no tuviera frío en la noche. Por la mañana, aunque apenas si podía caminar, corría a comprar el jugo de naranja que ya no hacía, para que estuviera listo cuando yo despertara. Para desayunar le hacía un huevito frito con frijoles que disfrutábamos, ella con mi compañía y yo con la suya.

Ese día me recibió con un recorte del periódico AM que anunciaba la convocatoria para este concurso y al que ella pretendía entrar contando su propia historia. Me dio mucho gusto, porque tiempo atrás le había insistido que escribiera sus aventuras, pero no quería por temor a que nadie se interesara en lo que había vivido.

Como a mí me gusta participar en los concursos, le dije que también escribiría algún tema. Entonces me dijo: “Entra tú nada más, ¿qué tal si gano y te quito el premio? Prefiero verte ganar a ti”.

¡Ésa es mi madre!

Obviamente le dije que no permitiría que me cediera el turno. Como ya era una viejecita de 86 años, le hice creer —para que aceptara escribir—, que concursaríamos en categorías diferentes por la edad, y que a lo mejor ganábamos por partida doble. Todavía dijo que no y que, a fin de cuentas, ni sabía redactar con propiedad, debido a que sólo estudió hasta el quinto grado porque su papá, para apartarla de un novio al que no volvió a ver en su vida, no le permitió continuar en la primaria.

Le sugerí que escribiera sus ideas en desorden, lo que se le ocurriera, y que yo le ayudaría a redactar más o menos el texto; además le prometí que respetaría su idea aunque a mí no me gustara, y la convencí de hacerlo porque el premio sería para las dos.

Puedo asegurarles que si hubiésemos ganado, ella me habría cedido toditos los créditos. Era mi madre.

Ahora escribo sola, porque ella no está ya en este mundo para dictarme sus ideas: cerró sus ojos para siempre el 14 de septiembre y sus cenizas no pueden escribir.

Yo todavía puedo hacerlo y es preciso decirles quién era ella.

Nació en 1917, en el mes de junio, cuando llega el verano y todavía hay muchas flores con olor a primavera. Formó parte de una familia de diez personas, que luego fue de nueve porque su padre murió de un ataque al corazón. Después fueron menos, hasta quedar tres en ese mes.

Tuvo una mamá grandiosa: inteligente, valiente, muy trabajadora, pero sobre todo mágica. Cantaba, sabía cuentos, conocía los secretos del maíz, la puscua y el nixtamal, y pudo, en aquella época, respetar la libertad de sus hijos y motivar el aprendizaje extraescolar.

Esa madre conformó a la mía: otra mujer maravillosa, alegre, apasionada, fuerte, que contaba chistes y a la que le gustaba la música que llegaba al alma y la hacía llorar o suspirar y los versos que la invitaban a soñar: disfrutaba platicando de sus grandes amores cuando era muchacha y haciendo travesuras de adulta; su principal móvil en la vida fue servir a los demás hasta el final de sus días.

¿Y cómo fue que conocí a esta mujer? Es muy fácil, se casó con mi papá y a los once meses nació yo, la Chicharrina, como me decían, y que significaba que era una personita muy importante, o la muy, muy, o algo así.

Fui yo quien estrenó su vientre, la que la hizo madre por primera vez, y sé que eso le dio mucho gusto, pues me recibió con alegría en sus brazos y en su vida; lo sé no sólo porque me lo dijo, sino porque consta en una película casera que tomaron mi papá y mi padrino, en la que son evidentes su cara llena de satisfacción y las sabanitas que bordó a mano para mí antes de que yo naciera, y que luego guardó con empeño para que viera que me esperó con cariño.

Desde que la conocí, y aún antes de presentir mi existencia, ya le

daba por querer hacer cosas por los demás: pertenecía a la Acción Católica y, desde su concepto de fe, catequizaba niños para la primera comunión; casaba a los que, por vivir arrejuntados, consideraba pecadores y no podrían sin su intervención entrar al cielo; llevaba al padre fulano o mengano a que dijera misa y repartiera la comunión a los ranchos de San Carlos y La Roncha, allá por el aeropuerto de León. Lo que más me gustaba de esos ritos era el desayuno que la gente del lugar nos brindaba: frijolitos de la olla con chile de molcajete, atole blanco y unas tortillas recién salidas del comal. ¡Una verdadera delicia!

Luego perteneció al movimiento Por un Mundo Mejor, a los Cursillos de Cristiandad, al Movimiento Familiar Cristiano y por último a la Asociación Mexicana para la Superación e Integración de la Familia (AMSIF). Yo me reía de sus “mochilerías”, y a la lista de instituciones en las que andaba yo le agregaba: la Vela Perpetua, El cordón de San Francisco y la Medalla milagrosa. Aunque de todas estas organizaciones siempre habló maravillas, pues en su momento fueron para ella el mejor medio de servir a Dios, en AMSIF fue donde se realizó en plenitud, ya que le permitió enseñar a muchas señoras lo que sabía y se sintió realmente parte de una organización que contemplaba también la parte espiritual del ser humano.

Independientemente de ese afán religioso que siempre tuvo y que a mí nunca me gustó, quiero hablar del ser humano, de la mujer que fue mi madre.

¿Qué recuerdo de ella en el principio de mi vida?

En el principio, principio, casi nada, pero eso sí, no recuerdo haber tenido frío, ni hambre, ni piojos, ni anduve encuerada, ni fui poco amada. Cuando la vida me permitió crecer un poco, pude atesorar muchos recuerdos más: me agradaba su risa, sus flores que servían para hacer perfume “de a mentiras”, su comida siempre complaciente, el jugo de naranja que hacía por la mañana, sus canciones que sólo ella conocía y la valentía que mostraba para proteger al desvalido

de los aprovechados y malos, como aquel día en que rescató a un señor muy pobre de un sanatorio en que le cobraban una operación muy cara que él no había autorizado. Fue a buscar a un abogado que los ayudara, pero cuando regresó ya habían conseguido la firma del paciente con engaños. Pidió que se la mostraran para corroborar su autenticidad, y de pronto se comió el papel: “¿Cuál autorización?” —preguntó—. Y no tuvieron otra alternativa que dejarlo salir sin cobrarle nada.

Me gustó que me enseñara a soplar a las flores de diente de león para esparcir las semillas, a hacer flautas con los tallos de las hojas de calabaza, a bañarme en el río y a hacer sopa de fideo; disfrutaba las figuras de azúcar que escondidas me comía y que ella debía repetir para adornar un pastel que le encargó alguien que se casaba la semana siguiente, los vestidos que sacaba de retazos que adquiría en el mercado y que luego, con la magia de sus manos, transformaba en modelos de aparador; me gustaban los paseos que hacíamos los domingos junto con toda la pipiolera y los tíos, y jugar con la baraja al Contento y apostar veinticinco centavos. No me gustaba perder ni que me cantaran “Adiós, mamá Carlota, narices de pelota”. Me encantaban las nueve posadas que organizaba todos los diciembres, y la guerra a cascarazos de caña, cacahuates o naranjas, lo mismo daba si podía atinarle al ojo de los demás. Curiosamente me gustaba verla tomar tequila y que no se emborrachara nunca, que cazara liebres en el rancho con un rifle de verdad, que supiera prender la lumbre como si fuera scout, y el disfraz de enano que le ponía al primo Carrique con la cara pintada en la panza y nariz de ombligo, y que la prima Esperanza se muriera de miedo cuando lo veía, al grado de hacerse pipí en los chones; me gustaba que hiciera travesuras a los tíos que eran casi venerados por el resto de la familia, como cuando le dio un vaso agujereado al tío Poncho (un señor al que yo veía tan grande y tan gordo, que me parecía Señor Obispo) y toda su camisa se mojó; y la sal de uvas que puso en la bacinilla de la tía Conchita, y las carcajadas a media noche por las burbujas y los gritos de la tía.

No me gustaba, pero lo mismo lo cuento, que se fuera de casa y no me llevara con ella; me decía que le pidiera a Margarita, la cocinera, una ramita de “téngame aquí” y yo, inocente, obedecía, pero mientras me buscaba la ramita aquella, mi madre desaparecía. Gracias a Dios, decía ella, nos consiguió muy buenas nanas que sabían cómo borrar las lágrimas por la ausencia materna con mimos y canciones.

Tampoco me gustaba que me llevara a misa a diario ni rezar el rosario todos los días; se le ocurría hacerlo a la hora más emocionante del juego o lo utilizaba para correr a los vecinos que estaban de visita y que ya la habían cansado.

Me gustó mucho saberla ganadora del premio “Guanajuato educa con el ejemplo” y que se lo entregara el gobernador de dicha entidad en el Teatro Juárez.

Me gustaba que compartiera los aguacates que le regalaba la señora Natera y que cortaba en su rancho, pero más me gustaba ese fruto extra, más sabroso porque era “robado” del árbol prohibido por el esposo de su amiga que, como no era un buen marido para Nati, según ella, lo menos que podía hacer era robarle los aguacates. Verla disfrutar que no la cacharan era realmente lindo.

Fue extremadamente religiosa y creyente de una verdad absoluta sin transigir ni negociar: debía servir a Dios-Cristo por sobre todas las cosas, aunque se cayera el mundo, y eso me quiso enseñar. Quería que yo fuera a misa, que comulgara y rezara, que aceptara a pie juntillas todo lo que ella creía y no dejó de insistir ni un día.

Sólo que nunca le hice caso, creí lo que quise y no precisamente lo que me dijo mi mamá; quise convencerla de que gracias a que me había educado muy bien, era capaz de tener mis propias ideas, pero no pude, ella seguía diciendo lo mismo.

Pobrecita mi mamá. Cómo debió dolerle mi rebeldía tempranera y la que siguió, y también la de ahorita, porque sigo creyendo de manera diferente y no le mentí pretendiendo que muriera en paz.

Y se murió de verdad. ¡Qué bueno que estuve con ella en su última noche y pude cuidar un poquito de esa niña tan desvalida, tan

endeble, tan pájaro herido! ¡Qué bueno que pude darle las gracias por todo lo que implicó ser mi mamá! ¡Qué bueno que me regaló una última caricia!

No sé si gane en este concurso, pero le debía a mi viejita escribir esto para que supieran de lo grandioso que fue vivir a su lado, que estoy muy orgullosa de haber sido su hija y que sigo siendo rebelde, pero que también puedo ser feliz porque traigo en mí ser toda la magia que ella me dio.